

## Un taller comunitario

**C**on Miguel Eyquem tuve un taller, correspondiente a la cuarta o quinta etapa, antes de que en la Escuela empezaran a pensar el proyecto de la Avenida del Mar. En ese tiempo, todos arrastrábamos el temor a Pepe Vial, por lo estricto que era. Solo se podía entrar a su taller llevando cien croquis como tarea de la semana: así de categórico, no aceptaba ni uno menos. De esa experiencia pasamos a Miguel, que venía llegando de Francia con ese cuerpo aerodinámico, flaquito como era, montaba una moto BMW en la que hacía un tiempo récord entre Santiago y Viña: una hora, ¡y se venía por las cuestas!

El primer día de clases, de inmediato nos dijo: «Este es un taller comunitario. La única exigencia es que nadie puede entrar si no trae un croquis de tarea». Entonces pasamos de cien croquis a uno solo, y no lo podíamos creer. Como la costumbre en la Escuela era fundamentar los proyectos con las observaciones tomadas de los croquis (y sabemos lo que cuesta dar con una observación), estos eran un material muy preciado para los alumnos, que solían jactarse de las observaciones que habían hecho. En ese contexto, Miguel además nos aclaró: «Como este es un taller comunitario, cualquiera de los que están aquí puede hacer su proyecto basado en las observaciones que dispone el taller». Era el mundo al revés. Estábamos tan acostumbrados a trabajar con nuestras propias observaciones que no sé si alguien se habrá atrevido a usar la de otro compañero, porque parecía algo muy descarado.

Recuerdo un detalle —no menos revolucionario que las ideas que proponía Miguel para el desarrollo del curso—, y es que todos los croquis que hice durante ese año los realicé con plumilla y tinta roja, una cosa muy rara. Un color completamente inhabitual.

En la época de este taller, **1966**, se había inaugurado el paseo entre el Muelle Vergara y el Sanatorio Marítimo San Juan de Dios, frente a 14 Norte, un área recién recuperada que en mi adolescencia recorrí muchas veces; existían las locomotoras a vapor en un terreno tapizado de escoria de carbón y restos de azúcar, por el uso industrial que se le daba. Allí se descargaban los sacos azucareros que a bordo del ferrocarril cruzaban toda la ciudad hasta la refinería Crav. En ese contexto encontré unos archivos en la Escuela con un estudio fascinante sobre el comportamiento de los vientos mirados a través del humo, que quizá pertenecían al proyecto de la Escuela Naval. Ese material me llevó a pensar mi propio proyecto de taller que consistía en un muro de contención en el borde de la ciudad, entre 8 y 15 Norte, donde instalaba un sistema con efecto Venturi para acelerar el aire que venía de la playa haciéndolo chocar con el viento del paseo, generando una sombra de viento. El proyecto pretendía recuperar este tramo costero para los peatones que podían caminarlo con la presencia constante del mar y del viento sudoeste. Ahora que lo pienso, un proyecto muy en la línea de Miguel Eyquem.

Leonardo Tomasello Puga